

Tenía treinta años y vivía en una urbanización de bungalows que formaba terrazas, en la ladera meridional de una montaña de mediana altura, justo por encima de la neblina de una gran ciudad. Tenía pelo castaño y ojos grises, que, de vez en cuando, aunque no miraran a nadie, resplandecían sin que el resto de la cara experimentara cambio alguno. Una tarde de invierno, cerca ya del anochecer, estaba sentada a la luz amarilla que llegaba de fuera, junto a la ventana de un amplio cuarto de estar, al lado de una máquina de coser eléctrica; junto a ella, su hijo de ocho años haciendo unos deberes. De los dos lados que formaban el largo de la habitación, uno de ellos era sólo una cristalera delante de la cual había una terraza, cubierta de hierba, con un árbol de Navidad que habían tirado allí, y el muro

sin ventanas de la casa vecina. El niño estaba sentado a una mesa barnizada de color marrón e, inclinado sobre su cuaderno, escribía con una pluma estilográfica que rascaba el papel, mientras se iba pasando la lengua por los labios. De vez en cuando dejaba de escribir, miraba por el ventanal y luego seguía escribiendo con más ahínco; o dirigía una mirada a su madre, la cual, aunque estaba vuelta hacia un lado, se daba cuenta de ello y lo miraba también. La mujer estaba casada con el jefe de ventas de la sucursal que en aquella ciudad tenía una marca de porcelanas conocida en toda Europa; el marido tenía que volver aquella noche de Escandinavia después de un viaje de negocios de varias semanas. La familia no era muy rica, pero vivía en una situación acomodada sin tener que pensar en el dinero; el bungalow era de alquiler porque el marido podía ser trasladado en cualquier momento.

El niño había terminado de escribir y leía en voz alta: «“Cómo me imagino una vida mejor”»: Me gustaría que no hiciera frío ni calor. Que sople siempre un viento tibio; de vez en cuando una tormenta en la que la gente tiene que acurrucarse. Los coches desaparecen. Las casas serían rojas. Los arbustos serían oro. La gente lo sabría todo y no necesitaría aprender nada más. Se viviría en islas. En las calles los coches están abiertos y se puede entrar cuando se está cansado. Ya no se está can-

sado. Los coches no son de nadie. Por la noche la gente no se va nunca a la cama. La gente se duerme allí mismo donde está. No llueve nunca. De todos los amigos hay siempre cuatro, y la gente que uno no conoce desaparece. Todo lo que uno no conoce desaparece».

La mujer se levantó y miró por la ventana rasgada transversal, ante la cual, un poco más lejos, había algunos pinos que no se movían. Al pie de los árboles había varias filas de garajes particulares, de forma rectangular parecida, y, al igual que los bungalows, también con techumbres planas: delante, una calle de acceso en la cual un niño arrastraba un trineo por la acera sin nieve. Más allá, detrás de los árboles, abajo, en el llano, estaban las últimas urbanizaciones de la gran ciudad, y un avión se elevaba en aquel momento del llano. El niño se acercó y le preguntó a la mujer, que estaba allí completamente abismada aunque no rígida, más bien en una actitud de abandono, adónde estaba mirando. La mujer no oyó nada, no parpadeó. El niño la zarandeó y gritó:

—¡Despierta!

La mujer volvió en sí y le puso al niño la mano en el hombro. Éste miró entonces también hacia fuera y, abriendo la boca, quedó sumido a su vez en esa contemplación. Se sacudió después de un rato y dijo:

—¡Ahora he sido yo el que me he quedado embobado, como tú!

Los dos empezaron a reírse y no podían parar; cuando se calmaban, inmediatamente uno volvía a empezar y el otro se reía también. Al final, de pura risa, se abrazaron y se cayeron los dos al suelo.

El niño preguntó si podía poner ahora la televisión. La mujer contestó:

—Pero si vamos a buscar a Bruno al aeropuerto...

Él, a pesar de todo, conectó el aparato y se sentó delante. La mujer se inclinó hacia él y le dijo:

—¿Entonces cómo le explico a tu padre, que lleva semanas en el extranjero, que...?

El niño, que estaba mirando la televisión, ya no oía nada. La mujer lo llamó levantando la voz. Puso las manos en bocina, como si estuviera en algún lugar al aire libre; pero él no hacía otra cosa que mirar fijamente al aparato. Ella movió la mano delante de sus ojos, a lo que el niño apartó a un lado la cabeza y siguió mirando con la boca muy abierta.

La mujer estaba fuera, en el patio de un garaje, con un abrigo de piel abierto, cuando empezaba ya el crepúsculo, en el momento en que las manchas de nieve se estaban helando. En la acera, por todas partes, había pinochas de los árboles de Navidad que la gente había tirado. Mientras abría la

puerta del garaje, miró hacia arriba, a la urbanización, en la que en algunos de los bungalows, contruidos unos encima de los otros, como cajas, estaban encendidas ya las luces. Detrás de la urbanización empezaba un bosque de varias especies de árboles, fundamentalmente robles, hayas y pinos, que iba subiendo sin ondulaciones hacia la cumbre de una pequeña montaña, sin que en medio hubiera pueblo alguno, ni tan siquiera una casa. El niño apareció en la ventana de su «unidad de vivienda», como llamaba el marido al bungalow, y levantó el brazo.

En el aeropuerto no había oscurecido aún del todo; la mujer, antes de entrar en el vestíbulo de llegada de vuelos internacionales, por encima de los mástiles que sostenían banderas translúcidas, vio manchas luminosas en el cielo. Estaba de pie entre otras personas y esperaba; su rostro, expectante pero relajado, abierto y para sí. Después que por los altavoces se anunciara que el avión procedente de Helsinki había tomado tierra, aparecieron los pasajeros por detrás de las barreras de la aduana; Bruno entre ellos, con una maleta y una bolsa de un DUTY-FREE-SHOP en las manos; su cara, endurecida por el agotamiento. Era apenas mayor que ella y llevaba siempre un traje gris «diplomático» con chaqueta cruzada y una camisa abierta. Sus ojos eran tan oscuros que apenas se veían las

pupilas; podía estar mirando a la gente largo rato sin que se sintieran examinados. De niño había sido sonámbulo; también de mayor hablaba muchas veces en sueños.

En el vestíbulo, delante de todo el mundo, puso la cabeza sobre el hombro de la mujer, como si tuviera que descansar sobre la piel de su abrigo allí, en aquel mismo momento. Ella le cogió de las manos la cartera y la maleta y ahora él pudo abrazarla. Estuvieron así un buen rato; Bruno olía un poco a alcohol.

En el ascensor que llevaba al aparcamiento subterráneo él la miró mientras ella lo observaba.

Ella subió primero al coche y le abrió la puerta que daba al asiento de al lado. Él estuvo todavía un momento fuera, mirando sin fijar la vista. Se golpeó la frente con el puño; luego, tapándose la nariz con los dedos, sopló y se sacó el aire de los oídos, como si éstos estuvieran aún tapados a causa del largo vuelo.

En el coche, que circulaba por la carretera de acceso a la pequeña ciudad, en la ladera de la pequeña montaña donde estaba la urbanización de bungalows, la mujer, con la mano en la radio, preguntó:

—¿Quieres música?

Él contestó que no con la cabeza. Entre tanto era ya de noche y en los grandes complejos arquitect-

tónicos destinados a oficinas que bordeaban la carretera casi todas las luces estaban apagadas, mientras que las urbanizaciones de alrededor, que estaban en las colinas, centelleaban con luz clara.

Al cabo de un rato dijo Bruno:

—Siempre estaba oscuro en Finlandia, siempre, día y noche. Y de la lengua que hablaban allí no he entendido ni una sola palabra. En cualquier otro país hay por lo menos palabras parecidas, pero allí ya no había nada que fuera internacional. Lo único que me ha quedado es la palabra cerveza: «olut». Estaba borracho con bastante frecuencia. Una tarde, a primera hora, justo cuando había clareado un poco, comí en uno de esos cafés de autoservicio, y de repente empecé a arañar la mesa. La oscuridad, el frío en las ventanas de la nariz, y no podía hablar con nadie. El oír aullar una vez a los lobos, de noche, fue casi un consuelo. ¡O, de vez en cuando, mear en la taza de un water con las iniciales de nuestra empresa! Quería decirte algo, Marianne: allí arriba he pensado en ti y en Stefan, y después de tantos años de estar juntos he tenido por primera vez la sensación de que somos el uno para el otro. De repente tuve miedo de volverme loco de soledad, loco de un modo espantosamente doloroso, de un modo que todavía nadie ha experimentado. Te he dicho muchas veces que te quiero, pero es ahora cuando me siento unido a ti.

Sí, para la vida y para la muerte. Y lo extraño es que hasta podría estar sin vosotros, ahora que he hecho esta experiencia.

La mujer, al cabo de un rato, le puso a Bruno la mano en la rodilla y preguntó:

—¿Y las conversaciones de negocios?

Bruno se echó a reír:

—Los pedidos vuelven a aumentar. Aunque los nórdicos coman mal, que lo hagan por lo menos con nuestra porcelana. La próxima vez los clientes de allí van a tener que molestarse en venir a vernos aquí abajo. La caída de precios está detenida; ya no necesitamos dar descuentos tan altos como hacíamos en la época de crisis.

Volvió a reírse:

—Ni siquiera hablan inglés. Tuvimos que hablar por medio de una intérprete, una mujer que vive sola con un niño; ha estudiado aquí, en el sur, creo.

La mujer:

—¿Crees?

Bruno:

—No, lo sé, naturalmente. Ella me lo ha contado. En la urbanización pasaron por una cabina telefónica iluminada en la que se movía la sombra de alguien y doblaron por una de las callejas angostas, artificialmente tortuosas, que dividían de un modo transversal la urbanización. Él puso el brazo en torno a los hombros de ella. Mientras la mujer



abría la puerta, miró otra vez alrededor, donde se veía la nocturna calleja en la semioscuridad; los bungalows, uno encima del otro; las cortinas, corridas.

Bruno preguntó:

—¿Sigues encontrándote a gusto aquí?

La mujer:

—A veces me gustaría tener delante de la puerta de casa un tenderete de pizzas maloliente, o un puesto de periódicos.

Bruno:

—Yo por lo menos respiro siempre que vuelvo aquí.

La mujer sonrió.

En el cuarto de estar el niño estaba sentado en una butaca muy ancha, bajo una lámpara de pie, y leía. Cuando los padres entraron, levantó un momento la vista y siguió leyendo. Bruno se le acercó; él, sin embargo, no dejó de leer. Por fin, al cabo de un rato, soltó una risita de un modo apenas perceptible. Luego se levantó y buscó en todos los bolsillos de Bruno para ver qué le había traído.

La mujer llegó de la cocina llevando una bandeja de plata con un vaso de vodka, pero ninguno de los dos estaba ya en el cuarto de estar. Anduvo por el vestíbulo mirando por las habitaciones, que, como celdas, formaban ramificaciones de éste. Cuando abrió la puerta del baño, Bruno estaba sentado en el borde de la bañera y miraba inmóvil

al niño, que, en pijama ya, se lavaba los dientes. Se había subido las mangas para que el agua no se le escurriera para adentro y, con todo cuidado, lamía el tubo abierto de pasta dentífrica –la pasta dentífrica para niños tenía sabor a frambuesa–; colocó de nuevo sobre la repisa lo que había utilizado; para ello tuvo que ponerse de puntillas. Bruno cogió el vaso de la bandeja y preguntó:

–¿Y tú no bebes nada? ¿Tienes que hacer algo todavía esta noche?

La mujer:

–¿Soy distinta de otras veces?

Bruno:

–Distinta, como siempre.

La mujer:

–¿Qué quiere decir eso?

Bruno:

–Tú eres una de las pocas personas ante las que uno no tiene que tener miedo. Y además eres una mujer ante la cual uno no quiere representar ningún papel.

Le dio al niño una pequeña palmada y éste salió.

En el cuarto de estar, mientras la mujer y Bruno recogían los juguetes esparcidos por allí con los que el niño había estado jugando a lo largo del día, Bruno se levantó y dijo:

–Todavía me zumban los oídos del avión. Venga, vamos a cenar fuera por todo lo alto. Esta noche esto

me está resultando demasiado íntimo, demasiado... encantado. Por favor, ponte el vestido escotado.

La mujer, que estaba todavía agachada y seguía poniendo orden, preguntó:

—¿Y tú? ¿Qué te vas a poner?

Bruno:

—Voy a ir como estoy; así es como lo he hecho siempre. La corbata me la prestarán en recepción. ¿Te apetece ir andando, como a mí?

Conducidos por un camarero patizambo, mientras Bruno andaba todavía poniéndose recta la corbata prestada, entraron en la sala de un restaurante cercano —lujoso y de techo muy alto, señorial— que aquella noche estaba casi vacío. El camarero les acercó las sillas, de tal modo que no tuvieron más que posarse sobre ellas. Los dos desdoblaron a un tiempo las blancas servilletas; se rieron.

Bruno no sólo vació su plato sino que además lo rebañó con un pedazo de pan blanco hasta dejarlo completamente limpio. Después, sosteniendo en la mano una copa de Calvados, que a la luz de los candelabros que colgaban del techo brillaba con luz rojiza, y contemplándola, dijo:

—Hoy necesitaba que me sirvieran de esta manera. ¡Qué protección, qué seguridad! ¡Qué pequeña eternidad!

El camarero estaba silencioso en un segundo plano. Bruno siguió diciendo: